varados rebeldes y traidores, confiscados sus demeritos en los palacios.

La caída maometana de los Médicis precipitó nuevamente a la trabajada República en las convulsiones de una democracia sin porvenir. Después de haber vuel-

to al gobierno a numerosas asambleas populares, se hallaban preparados los ánimos, de libertad y firmeza al poder, y se abrieron a Pedro Alfonso de por vida. Este hombre débil, gobernó la República en su agonía por secretario y consejero de los primeros escritores que se encontró un como el secretario Flo-

de la República, de su condicion, y los in- tumbres públicas habían encarnizadas discor- descendencia de noble alcurnia, y cieron siempre al partido popu- dejan traslucir que conservaba las instituciones de su patria, y sin ni reformarlas ni darlas vigor. a había hecho alianza con el rey de Fran- a oponerse a la liga formada en favor de los Mé- el Papa, Venecia y el emperador de Alema- La batalla ganada por los franceses, y en la que fué hecho prisionero el cardenal Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico y hermano de Pedro VI el expulsado de Florencia, dió aliento a la República. Pero los españoles aliados del Papa y del imperio se adelantaron hacia Florencia, tomaron por asalto y saquearon a Prato, y este revés de los florentinos dió aliento a los partidarios de los Médicis, los que acudiendo en armas al palacio de la Señoría, arrojaron al conitudo Soderini y abrieron las puertas a los aliados. Con ellos volvieron a la ciudad Julian II de Médicis y su hermano el cardenal Juan, el mismo que corriendo el tiempo ilustró la tiara bajo el nombre de Leon X.

Así se vió restablecida en Florencia la autoridad de la familia que la dominaba hacia un siglo; y el pueblo, dócil a la voz de sus antiguos señores, dió su sancion a todas las leyes, reglamentos y medidas propuestas por los Médicis para asegurar la prepotencia de su casa. La elevacion de Juan de Médicis al trono pontifical, y los enlaces que los individuos de su familia contrajeron con diferentes casas reinantes de Europa, acabaron por hacer considerar a los Médicis como príncipes soberanos. Muy robustos consideraban ellos ya sin duda sus derechos hereditarios, cuando apoyados en su fortuna se atrevieron a imponer a los florentinos, no solo el yugo de sus descendientes legítimos, sino hasta el de sus bastardos.

Julio de Médicis, hermano de Leon X, fué elegido Papa a la muerte de Adriano VI el preceptor de nuestro Carlos IV, y envió a Florencia para gobernarla, como pudiera hacerlo a un Estado patrimonial, a los cardenales Civos y Saldiat, encargados de dirigir a Hipólito y a Alejandro de Médicis, sobrinos bastardos de Clemente VII, en cuyo nombre debía la agonizante República ser gobernada. Mas empañado el Papa en imprudente guerra contra España y el imperio, se vió atacado en Roma, y tomada esta ciudad por los españoles, mandados por el Condestable de Borbon, aprovecharon los florentinos, enemigo de los Médicis, el contratiempo de Clemente, y promovieron una insurreccion, de cuyas resultas los bastardos de Médicis y los cardenales, sus tutores, fueron expulsados, proclamándose en Florencia con gran algazara y juvenil entusiasmo el restablecimiento de la libertad.

(Continuad.)

EL PABELLON DE FLORA

OBRAS DE LAS TULLERÍAS.

erías, desde su construcción, han sufrido las disposiciones interiores han tantas veces, las fachadas han pa- que comparando los diseños con el estado actual del Palacio, ellas de la composicion del los primeros cambios, no mandó ejecutar Luis XIV au trajo consigo la des- cipal, obra maestra que, puestas las gradas, era fué levantado: decorósele nes, uno corintio y el otro compuesto, y de con cariátides. Lo que no ha contribuido poco el aspecto del monumento, es la sustitucion la cuadrangular a la que Filiberto Delorme cimiento sobre un plan circular, ofreciendo un caso esférico. Leveau hizo tales cosas, que el orden del piso bajo fué lo único que quedó de su composicion primitiva: este orden compuesto de columnas y de pilas con tambores de mármol, ofrece esculturas delicadas en el tiempo de su resaca.

En cuanto a la galería que parte del pabellon de Flora y reúne las Tullerías al Louvre, la mampostería existía ya en tiempo de Enrique IV, pero varias porciones estaban imperfectas; Luis XIV acabó el interior de éstas, poco lujoso a la verdad. Los grandes frontones del pabellon que miran al puente Real se habian quedado sin decoracion, y el gran rey se aprovechó de esto para hacer esculpir un sol que fecundaba la tierra con sus rayos y produce frutas, simbolizadas con cuernos de abundancia, de donde caen los dones de Pomona. La lisonjera alegoría se encuentra por doquier, lo mismo en los tímpanos del pabellon de Marsan que en los del pabellon de Flora, el cual no existe ya mas que en la memoria.

De ahí se ha inferido que el rey hizo construir esta parte de las Tullerías; pero los escritores y arquitectos que han dejado monografías acerca de este palacio, convienen generalmente en que no hizo mas que acabar las esculturas.

En tiempo de Luis-Felipe, la parte del piso bajo servia de habitacion a la princesa Adelaida, y los otros pisos estaban reservados a los oficiales de ordenanzas, ayudantes de campo y funcionarios pertenecientes al palacio.

En la parte del muelle, en el punto de union con la galería de la márgen del rio, es donde los vicios de construcción se manifestaron a principios de este siglo; hace diez años, se internaron algunos esfuerzos para detener los progresos del mal empleando grapas de hierro; mas adelante se tuvo que apuntalar esta parte, que presentaba anchas grietas.

Desórdenes mas graves se manifestaron poco a poco en la construcción y determinaron al Emperador a mandar el derribo de este pabellon.

Al proyecto de reconstrucción se refiere toda una serie de modificaciones bastante importantes que son todavía un secreto para el público y acerca de las cuales no se dará ningun detalle sino despues de la comunicacion de los diseños hecha a Su Magestad.

Una consecuencia de este proyecto seria modificar la entrada y la salida de los coches, las cuales se verificarían por tres arcos colocados entre el pabellon Lesdigrières y otro pabellon que formaría juego con él y cortaría de este modo la línea recta que se extendía desde el pabellon de Flora hasta el nuevo Louvre.

Habíamos de las modificaciones surtidas, y ciertamente, distará mucho, si se realiza este proyecto, la plaza del Carrosel actual de esos terrenos vagos que existían entre los antiguos muros de Paris y el Louvre, que fueron mas adelante los jardines de la Señoría. Allí dió Luis XIV en 1662 el famoso carrosel compuesto de carreras, de bailes en que la corte desplegó un lujo tan extraordinario. Esta fiesta dió su nombre a la plaza, y hé aqui cómo se espresa un escritor al hablar de esta diversion.

Circo de madera de cinco ventanas, pintado de azul de oro; anfiteatro de pino; fantasma entre los coliseos, hipódromo de Pantagruel, bella plaza del Carrosel, hecha en forma de ostra, dígame lo que se quiera, allí se ve una posada de cantera se llamaría mejor colocada que aquel.

CARLOS YRIARTE.

LA QUINTA DE ELCHE (Valencia.)

El viajero que permanece algun tiempo en Alicante no abandona jamás aquella ciudad sin haber hecho una escursion a la aldea de Elche, que no dista sino algunos kilómetros.

El camino se hace costeano el mediterráneo, cuyas playas no presentan en aquel sitio esos peñascos escarpados que sirven constantemente de horizonte a las navegantes que van desde Málaga a Cartagena. El suelo abrasa los piés, la playa está formada de una arena fina que hierre los ojos, reflejar los rayos del sol, y el aliento de la brisa de los mares no basta a mitigar el sofocante calor que reina en aquella parte del reino de Valencia en la época en que los turistas hacen sus escursiones y van a tomar baños a las costas aliantinas.

Puede muy bien decirse que allí se encuentra ya uno bajo el clima africano. Así que el viajero se aleja de Alicante lo suficiente para perder de vista la inmensa roca y la blanca fortaleza que dominan la ciudad, cortando el sempiterno azul del cielo con sus moriscas almenas, se cree sin mucho esfuerzo de imaginacion al otro lado del mar, sobre la costa marroquí ó sobre las playas de la Arjelia.

El che aparece entonces pronto en medio de aquella naturaleza árida y sombría como uno de esos frescos oasis en que las caravanas encuentran pozos inagotables para calmar la sed, y una sombra protectora contra los rayos abrasadores del sol tropical. La quinta se alza en forma de anfiteatro por encima de un bosque de palmeras, y los árboles son tan espesos que apenas se puede penetrar en el interior. Canales practicados a flor de tierra con esa rara habilidad que los Arabes legaron a los agricultores españoles fecundando la raiz de cada árbol y reparten en aquel magnífico

En la época en que nosotros visitamos a Elche, aun no se habia efectuado la cosecha de los dátiles, y los racimos de este sabroso fruto colgaban con profusion de cada árbol.

El tipo de los labriegos de Elche se parece un poco al de los ribereños de Africa; y como quiera que la arquitectura de la quinta, rodeada como hemos dicho de un bosque de palmeras, recuerda las construcciones moriscas, así como las mantas de los habitantes, el traje de los hijos de Ismael, todo contribuye a aumentar la ilusion y a dar a aquel pintoresco rincón de España la fisonomía de una casa de recreo propia de un sultán.

La quinta de Elche pertenece al Sr. Marqués de Molins, uno de los tipos mas interesantes de la aristocracia española.

El Sr. Marqués de Molins es un literato distinguido, y no hace mucho tiempo que publicó un *Romancero de la guerra de Africa*; esta forma va decayendo un poco entre los Españoles, sin embargo de ser uno de sus mas hermosos títulos literarios.

La quinta de Elche, aunque es una casa de recreo, no por eso deja de rendir pingües productos, gracias a las numerosas palmeras que la rodean y al elevado precio que tienen los dátiles. Pero este fruto no forma el único rendimiento. En la fiesta del Corpus, en la Semana-Santa y en algunas otras ceremonias religiosas, los balcones y miradores de casi todos los edificios de Andalucía se adornan con elegantes palmas, en memoria de la entrada del señor en Jerusalem. El consumo es tan general, que en casi todos los puertos del litoral africano se esportan las citadas ramas, despues de haberlas cortado en los sitios donde las palmeras crecen en abundancia.

CARLOS YRIARTE.

MAQUINAS PARA CORTAR VENDAS.

La *Revue scientifique et administrative de Medecins des Armées*, periódico del vecino imperio, se ha ocupado, con referencia, a *L'Union Medical*, de la máquina para cortar vendas que existe en el parque de Sanidad militar de esta corte. Aquel periódico, creyendo que la indicada máquina es igual a la que existe en el almacén central de efectos quirúrgicos de Paris, atribuye su invencion a Mr. Michel, que es el autor de esta última; conviene, pues, que se sepa el origen, así como el trabajo que puede producir nuestra máquina, que no es ciertamente el que indica el periódico francés.

Al principiar la guerra de Africa trató el Excmo. Sr. Director de Sanidad militar, D. Nicolas García Briz, cuyo nombre figura siempre en to las las mejoras que el cuerpo y el servicio sanitario reciben, de dotar al parque de Sanidad de una máquina para cortar vendas, visto el gran coste y tiempo empleado en los que se construian para la citada guerra. Al efecto comisionó al primer Médico del parque, D. Francisco J. Anguís, para que con la esplicacion dadas por el Subinspector D. José Rodriguez Manzanares, que habia visitado la de Paris, formase el correspondiente proyecto: primero, el mecánico Sr. Gioja, y despues el Sr. Rivas, Jefe del taller de maquinaria de la plaza de Aflijidos de esta corte, hicieron un plano conforme a las indicaciones del Sr. Anguís, que pudo juzgar por sí mismo de la máquina de Paris por haberse le dado plano de ella. Formado el proyecto y aprobado por el Excmo. Señor Director general, fué elevado al Gobierno, el que determinó la construcción de dicha máquina, que se llevó a efecto en los talleres del señor de Rivas.

La máquina la constituye un banco de madera, sobre el que está colocado el mecanismo que es de hierro, y consiste en dos cilindros, uno para arrollar la tela, y el otro de repuesto: un tercero labrado en forma de tornillo con el hilo que parte desde el centro a los extremos a derecha é izquierda, y sirve para estirar la tela; otro marcado en centímetros donde están armadas las piezas que sostienen las cuchillas, las cuales son rectas; colocadas oblicuamente, y pueden situarse a la distancia conveniente; y el último a donde se arrollan las tiras de venda que se mantienen separadas unas de otras por unas rodajas de hoja de lata. El movimiento se ejecuta por medio de un volante con manubrio y un piñon que engrana en una rueda dentada que tiene el último cilindro de que hemos hablado.

Puesta la tela en el primer cilindro pasa por el segundo, que puesto en movimiento por la misma va desarrollando a la derecha é izquierda y estira el lienzo inmediatamente delante de la cuchillas; pasa por estas y va a arrollarse, cortado en tiras, al cilindro en que está armada la rueda dentada. Puesto este último en movimiento como se ha dicho, tira del lienzo y lo hace desarrollarse del primero, el cual tiene un freno que, obrando sobre un carrete armado al extremo, detiene el movimiento mas ó menos a fin de que pase siempre la de la tirante por las cuchillas. Un hombre mueve el volante con una mano, hace obrar el freno con el pié por medio de un pedal, y puede con la otra mano componer las tiras. Cuando se ha arrollado la cantidad necesaria de lienzo, segun el largo que se quiere dar a las tiras y que se marcará anticipadamen-